

Al segundo día, tras unos sorbos y una rápida ojeada a la oferta del mercado carnal, me arrojo en las garras de uno. Me parece que es mulato, pero también puede ser negro. No lo distingo bien porque el pub no invierte mucho en bombillas de ciento veinticinco, y porque tampoco sé tanto de razas. El musculoso brazo que me rodea, los tentaculares dedos que me masajean, el ancho cuello con oreja que pide mordiscos más arriba; ese inmenso conjunto articulado al que me aferro con ganas de que me dé esa valoración de mujer fatal y por ello fabulosa, digna de protagonista de libro y de película, que nunca me fue dada, tiene un olor que es nuevo para mí. Aquí está el descubrimiento.

Hundo todo lo que puedo la nariz en esa piel curtida de elefante jefe de la manada y mi mente comienza a enviarme mensajes de corte entre social y pacato: los inmigrantes, el sur, África, el desierto, el mar, la noche, los tesoros, los abordajes, las barcas, pateras, remos, frío, hambre, troncos náufragos, pobreza, enfermedad, débiles, niños, violación. He dicho de corte social, también algo pacato. Veo unas tijeras.

Con ellas mis hijos recortan papeles, cartulinas impecables, les encanta cortar. Esto aprendemos. A hacer manualidades, cosas bonitas que merezcan admiración, cero reproches. Que rocen todo lo que puedan una insana perfección.

Pero ahora yo me encuentro en el antro oscuro.

Sumergida en ese cuerpo, no digo una sola palabra porque nada tiene sentido. No soy yo sino otra quien está alejándose de su condición de madre de dos hijos cuarentona y aburguesada. Qué vergüenza; una loca. Sobre las trece horas de un martes cualquiera, diecisiete de enero creo que es, una fecha intrascendente en la que no debería acontecer nada fuera de lo habitual, soy consciente de atreverme a reconocer en voz alta, a cuantos quieran oírme, que yo no he tenido nunca un marido y dos hijos. Yo... hoy solo me llamo Mia, y soy toda tuya.

El hombre del pub me toca, me soba por dentro y fuera de la camiseta. Somos un par de trapos, Vileda o Spontex, o mejor sin marca, de procedencia de fábrica china, tratando de limpiar con verdaderas ganas nuestras diferencias. Llevo pantalones muy ajustados pero él encuentra el modo de meterme la mano por detrás, y en la nalga noto un fuerte apretón, una petición de posesión aunque solo sea por un breve plazo de tiempo, como debe ser todo lo intenso.

Claro que dispongo de tramos libres en el reloj que marca mi biología, prácticamente toda la mañana, aunque ahora que lo pienso quizá sea mejor que acote cuanto antes el final, no vaya a ser que luego... A las cuatro debería estar lista. Se trata de una variación de la parte picante de la historia de Cenicienta; ella antes de las doce, yo antes de las cuatro. Una mera formalidad. Estamos hablando de la noche y el día, haciendo intercambios.

Hasta esa hora, puesto que hay tiempo me entrego, me ofrezco, me doy, me extravío en la vida porque no tengo límites y me interesa muchísimo el lobo. Nada me importa, nunca me ha importado. Soy un agujero por el que todo pasa y nada queda. Podría estar muerta y la vida seguiría su curso. Nada cambiaría. Pero resulta que estoy viva y que vivo con esta constante sensación de perfecta intercambiabilidad entre la vida y la muerte. Así que me entrego, me echo a perder porque tampoco encuentro la diferencia entre perder y encontrar. Que pase todo esto también por el agujero.

El mulato, o negro, el hombre oscuro, o lobo, la cosa, mi extraterrestre particular, aprieta el bulto de su entrepierna contra mí, calor gustoso, me muerde en la oreja y me sugiere que vayamos a un sofá rodeado de biombos decorados con helechos que mi olfato enseguida relaciona con un plástico barato. Por unos instantes también me da asco el olor que desprende esa cabeza forrada de pelo apelmazado y hasta yo me doy asco pero accedo porque si ya he emprendido este camino ahora me parece mal interrumpirlo sin más. Para hacerlo debería dar alguna explicación, y justo en ese momento no logro dar con ella, quizá porque en el fondo se trata de algo que también comenzó sin precisar de esa clase de cuentos chinos que son los argumentos. Así que aunque de repente parece que ya ha pasado lo mejor y que yo he tenido la desgracia de ser consciente de ello, me veo obligada a rematar la faena aunque sea con los ojos cerrados.

El desconocido me lleva de la mano, me dirige al sofá sobre el que me voy a entregar. Toma, tómallo todo, te aseguro que es nada.

Mientras estoy tumbada pienso que esta tarde voy a invitar a los niños a un paquete de chicles, uno entero para cada uno y de la marca que quieran, y que si les apetece se los zampen todos en cuestión de minutos. Es lo que hacen al principio, cuando los descubren, que experimentan a saco, sin plantearse antes esas condiciones ideales que el científico baraja en el laboratorio. Ellos mismos son la probeta, el matraz, el termómetro, el microscopio o microprocesador y lo que haga falta. Esta tarde se van a sorprender de mi generosidad. Me gusta la idea de pillarlos desprevenidos en esa alegría tan material. De vez en cuando lo hago, y quién no. Los compro para que me hagan creer que todavía siguen siendo más míos que ayer y menos que mañana, para que me den besos nada espontáneos y me lancen en cuanto se lo exija con todo mi cariño, observaciones, comentarios, opiniones, palabras vivas sobre su vida de personas diminutas. Los compro ahora, los chicles, y los niños, porque luego ya no podré.

Natalia Carrero – “Manual de la poliadicta” (*Una habitación impropia*)
